

su gran debilidad apenas había podido soportar las emociones y los trabajos del día, cayó en la cama. Su médico, el Dr. Illeck, le tomó el pulso y le dijo moviendo la cabeza con aire condolido:

—Vuestra Magestad no puede presidir el banquete.

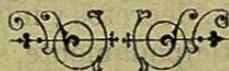
—Lo presidiré yo, asistida del Patriarca de Venecia, dijo Carlota que estaba al revés de Maximiliano, animosa y fuerte.

Ese Patriarca de Venecia se nos había pasado, lo mismo que dejamos en el tintero á las condesas de Zichy, de Kollanitz y otros varios personajes.

Para no alargar más este capítulo, solo mencionaremos entre los decretos notables firmados ese día 10, el que ratificaba el empréstito de doscientos diez millones de francos contraído en Lóndres el mes anterior, y entre las cartas la dirigida á su querido general D. Leonardo Márquez participándole que pronto se verían y que ya le habia nombrado Gran Cruz de la imperial y distinguida orden de Guadalupe.

—Pero ese tiene fama de ser un grande asesino, le había dicho Carlota.

—No creas, le contestó Maximiliano, quizá es de lo menos malo entre la canalla de que se forma el partido monarquista en México.



CAPITULO XI

CONTINUA LA BREGA IMPERIAL.

SE había fijado la partida de los ya emperadores para el día 11 de Abril, aniversario fúnebre en México, y estaban los vapores al pié del castillo echando nubes de humo por sus chimeneas; pero pronto mandaron que apagaran porque Maximiliano había amanecido presa de un gran abatimiento.

Estaba el enfermito haciendo un pequeño almuerzo de dieta en su habitación á eso de las nueve cuando entró Carlota con un papel en la mano.

—Un telegrama de Napoleón, le dijo.

Maximiliano con muy mal humor exclamó:

—Te repito que ahora no quiero oír una sola palabra de México.

La princesa sin desconcertarse contestó:

—Está bien.

Y se salió muy tranquila con su telegrama:

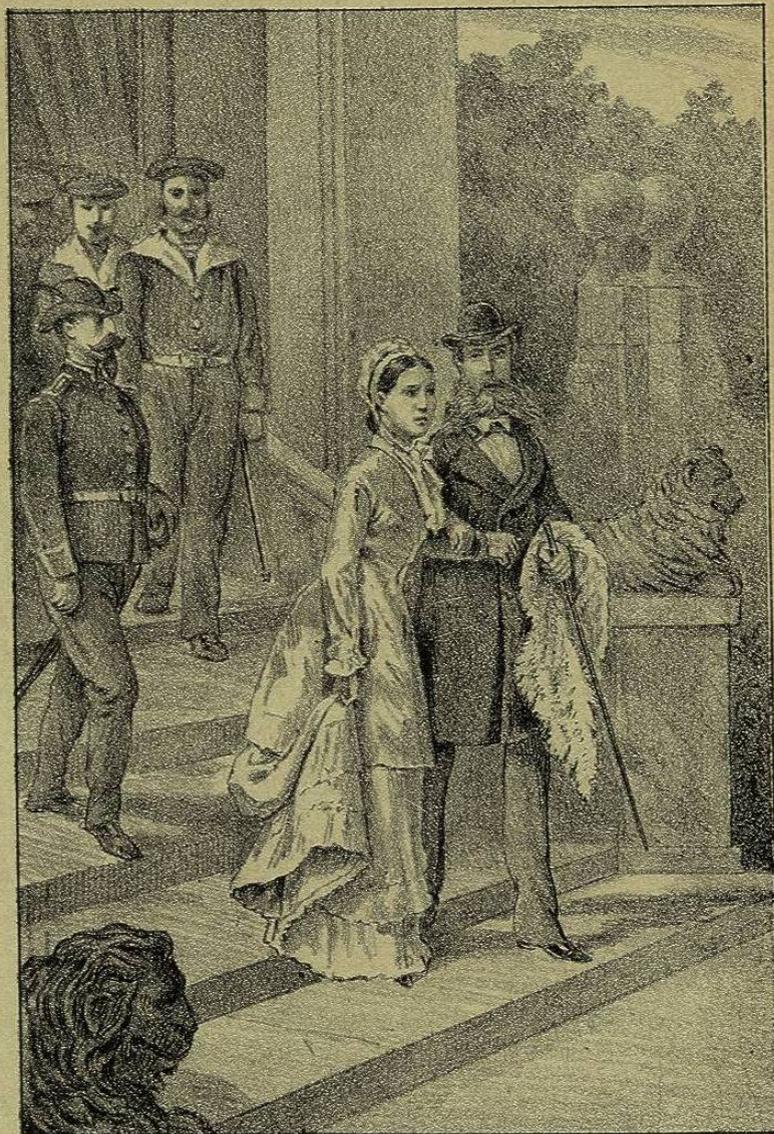
El nuevo Emperador no se dejó ver de nadie en tres días, algo indispuerto, algo fatigado; pero más

que todo absorto en las meditaciones de su destino que se concretaban en esta pregunta que se hacía constantemente: ¿que especie de soberano voy á ser en México uncido al carro del Emperador de los franceses?

Así fué que su esposa que se encontraba entera y despejada entonces, estuvo recibiendo sola á las diputaciones y personajes que acudían á darles la despedida y la que estuvo despachando los asuntos de la casa y del gobierno y haciendo los preparativos del viaje.

Todo Trieste sabía que los nuevos Emperadores abandonarían su antigua morada el día 14 y desde temprano afluyó la gente invadiendo los alrededores del castillo para presenciar la partida. A la una de la tarde llegaron seis elegantes vapores conduciendo á las notabilidades de la ciudad: iban allí además, el Ayuntamiento, la Cámara del Comercio y una Diputación encargada de poner en manos de Maximiliano un Album con sus tapas de marfil y oro que contenía las principales vistas de la comarca y unas tiernas líneas de despedida calzadas por doce mil firmas. Estas sí eran verdaderas firmas y no como las que figuraban en las ctas de adhesión enviadas de México.

Generales esfuerzos se hicieron para que Maximiliano abandonara su retirado pabellón en el bosque y para que fuera al castillo á recibir á todas aquellas personas. Allí estaba la servidumbre en formación derramando lágrimas y estas se convirtieron en sollozos cuando se presentó el amo taciturno, quien al fin acudió á presentarse. Muchos hubo que le besaran con arranques de sentimiento los faldones de la



El conyoy imperial bajó la escalinata de mármol.

levita. El Príncipe no tuvo voz para dirigirles una palabra.

El Presidente á nombre de todas las diputaciones le dijo una sentida alocución y el Príncipe leyó con voz entrecortada una breve respuesta.

A las dos de la tarde se abrieron las puertas del palacio y apareció Maximiliano dando el brazo á Carlota, siguiéndoles el gran archiduque Luis Victor, toda la Corte y un numeroso acompañamiento.

Un ¡hurra! general saludó á los Emperadores.

Maximiliano repondió á la multitud con una inclinación de cabeza.

Las músicas entonces tocaron el himno de advenimiento, destinado á ser el imperial de México, compuesto en París por encargo expreso de la comisión mexicana.

El convoy imperial bajó la escalinata de mármol entre aquel estrépito de músicas, aclamaciones y cañonazos. Entraron SS. MM. al bote cubierto de púrpura y oro que estaba abajo esperándolos con doce remeros vestidos de gala y al ponerse á bordo del «Novara» se izó allí el pabellón mexicano y se dispararon 21 cañonazos. Todos los buques empiezan á maniobrar inmediatamente en la rada: abre la marcha el yath «Fantasía» le sigue el «Novara,» va en pos el «Themis» y luego los demás vapores que han de escoltarlo hasta algunas leguas de distancia. Todos esos buques están empavesados y al pasar frente á Trieste los saludan las baterías y todos los habitantes que están en los muelles agitan sus pañuelos y dan gritos de despedida. Entonces Maximiliano no puede hacerse fuerte ya contra tantas emociones,

entra á su cámara y se arroja en el lecho sollozando.

Adios mar! adios playas queridas! ¡adios mi encantadora morada! Adios mis amigos! Adios Austria, mi patria verdadera, mi patria única, adios todos mis cariños quizás para siempre. . . .! dice por la última vez cuando vuelve á divisar todo lo que va quedando atrás asomado á la ventanilla de su camarote.

Los buques se pierden al fin entre la bruma, dejando de verlos cuantos han salido á la playa á despedir á los viajeros: también estos dejan de ver las alturas de Trieste y el castillo de Miramar en cuyo torreón ha quedado flotando la bandera tricolor con el destino de ser arriada para siempre un poco más tarde. A poco se encienden las luces del vapor y SS. MM. son invitadas á sentarse á la mesa para saborear el rico banquete que les ofrecen los marinos: allí presentan los dos un mortal contraste: Carlota va locuaz y festejosa; Maximiliano meditabundo y casi abatido. Carlota come bien; Maximiliano apenas prueba los platillos.

Continuó el viaje monótonamente á la ciudad de las mitras, de los capelos y de las tiaras, á la capital de los terribles y suntuosos sacerdotes coronados, señores absolutos del gran rebaño llamado la cristiandad.

A la una de la tarde del 18 de Abril echaron las anclas en la rada de Civita Vecchia las dos fragatas «Novara» y «Themis» y Maximiliano abrazó ya sonriente y lleno de alboroso al general Montebello y á los embajadores que estaban esperándolo. Era ya otro Maximiliano: Carlota á fuerza de palabras llenas de esperanza y de consuelo lo había transformado. La

melancolía del semblante había desaparecido para dar sitio en él á la animación, la vida y la alegría.

En Roma se hizo á los Soberanos de México una acogida extraordinariamente bulliciosa y, acompañados de cardenales, nobles, generales y gente distinguida, fueron conducidos al palacio Marescotti propiedad de Gutierrez Estrada, residencia que estaba puesta con todo lujo merced á los productos del empréstito.

Al día siguiente el cardenal Antonelli llevó á SS. MM. al Vaticano en donde estuvieron platicando una hora con Pío IX respecto de las graves cuestiones eclesiásticas de México de que Su Santidad estaba muy enterado, y más que todo, indignadísimo, por la ingerencia que en ellas tomaba Napoleón III, una vez que llevándose adelante la desamortización se privaba á la silla apostólica de muy cuantiosos beneficios.

Como SS. MM. estuvieran dando al Papa muchas evasivas respecto de su conducta futura en México, sobre ese particular Pío IX les dijo:

—Mi primer ministro, el cardenal Antonelli conoce á fondo el asunto y podrá entenderse con VV. M. M.

Mientras que Maximiliano fué á conferenciar con el cardenal, Carlota con su comitiva se entretuvo en contemplar las obras de arte del Vaticano. El Emperador de México se quedó muy desconsolado después de aquella conferencia, viendo claro que se encontraba entre la espada y la pared. Por una parte estaba ligado á Napoleón con sus tratados y con las repetidas instrucciones que le había dado de que llevase á puro y debido efecto las leyes de reforma expedidas por Juárez: por la otra la Corte de Roma le exigía que

las echara á pique so pena no sólo de negarle su protección sino de declarársele en contra agobiándole con todas las censuras de la Iglesia. ¿qué hacer? Quien sabe lo que haría. Por de pronto estaba ya metido en el más grande de los atolladeros.

SS. MM. en el resto del día estuvieron visitando los monumentos de Roma y por la noche á costa del empréstito se dió un espléndido banquete con gran recepción que duró hasta la media noche en el palacio Marescotti que fué iluminado á gierno y presentó aspecto feérico. Allí se dieron cita las damas romanas principales, multitud de príncipes de la Iglesia y de la Corte, diplomáticos, almirantes y jefes de la Armada. Carlota ostentó su manto de Emperatriz y las concubinas de los cardenales llevaron sus más ricas joyas.

Hacía una hora que se habían retirado los invitados, estaban apagadas las luces, el palacio se encontraba silencioso, y las calles oscuras y desiertas, cuando SS. MM. por fin se habían metido en su lecho muy fatigados de veinticuatro horas de movimiento, y entonces fué cuando se escuchó aquella canción italiana, que dió la vuelta por todo el mundo, con acompañamiento de mandolina y cuyo estribillo decía:

Maximiliano
Non te fidare,
Torna al castello
De Miramare.

El príncipe austriaco que vió retratados en ese verso su propio pensamiento, sus mismos temores, sus mismos recelos, se incorporó en la cama con los cabellos erizados y estuvo atento oyendo al desvelado

tenor, cuya voz fué desvaneciéndose en las calles lejanas, dejando sin embargo un eco que no se apartó de los oídos de Maximiliano en toda la noche.

—Oíste? le preguntó á su esposa á la mañana siguiente.

—No oí nada, contestó Carlota.

Si había oído; pero no quería por su parte avivar las preocupaciones del Archiduque. Ella también estuvo escuchando las notas melancólicas de aquel oficioso *tenore*, y las intencionadas estrofas de la canción acompañada con mandolina las tenía como con duro buril esculpidas en su imaginación.

—Ociosidades! había exclamado la bella Emperatriz, travesuras tal vez de nuestros malquerientes, de que es preciso no hacer el menor caso.

Pero ni el aire de la canción ni la letra se le borra- ron jamás de su imaginación fogosa.

El 20 de Abril á las siete de la mañana se dirigieron los Emperadores con toda su comitiva al Vaticano: se trataba de una misa rezada por el mismo Papa en su capilla Sixtina y de dar á los Soberanos la comunión.

No sabemos si se confesaron y reconciliaron, si estaban en ayunas cuando fueron á la Iglesia, pues generalmente á los príncipes se les dispensa de ciertas molestias según es la cuantía de sus limosnas; pero sí consta en la historia que el Padre Santo dirigió á las augustas personas el siguiente *fervorino*:

«Hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Por él reinan y gobiernan los reyes; por él los reyes administran justicia y sí permite que aun los mismos reyes sean frecuentemente sometidos á

prueba, por él sin embargo se ejerce todo poder. Os recomiendo en su nombre la felicidad de los pueblos que os están confiados. Grandes son los derechos de los pueblos y es necesario satisfacerlos; pero más grandes y más sagrados son los derechos de la Iglesia, esposa inmaculada de Jesucristo que nos ha rescatado al precio de su sangre, de esa sangre que, dentro de un instante van á tocar vuestros labios. Respetareis, pues los derechos de vuestros pueblos y los derechos de la Iglesia; lo que significa que trabajareis por la dicha temporal y la espiritual de esos pueblos. Que nuestro Señor Jesucristo, á quien vais á recibir de las manos de su Vicario os conceda sus gracias en la abundancia de su misericordia.»

Así, con esas indirectas, dichas á boca de jarro, quedaron ungidos los nuevos emperadores. Todavía Pío XIX no transigía con las Repúblicas como León XIII y por eso sólo habló del gobierno de los monarcas.

Después del desayuno, que se verificó frente á la mesita aislada del Pontífice, SS. MM. al retirarse entregaron una limosna de cuarenta mil francos (para todo eso daba el empréstito negociado en Londres).

El Papa, luego que se enteró de que los Emperadores de México habían dejado un regio donativo, fué, rodeado de grandísima pompa, á hacerles una visita en su palacio y allí les echó por segunda y última vez su apostólica bendición, deseándoles que siempre fueran generosos amigos de la Iglesia.

A las cuatro de la tarde salieron de Roma los viajeros, volvieron á embarcarse, estuvieron en Gibraltar donde se les colmó de atenciones y desde allí se

dirigieron para América dando un eterno adios á la Europa.

Hé aquí quienes se embarcaron en el *Novara* fuera de otras muchas personas que iban alojadas á bordo de la *Thémis*:

Sus Magestades.—El ministro de Estado D. Joaquín Velázquez de León—El primer ayudante de campo, general Adrian Woll, francés.—El gran maestro de la casa imperial, austriaco, conde Zichy.—El gentil hombre del Emperador, conde de Bombelles.—El idem, idem de la Emperatriz, marqués de Corio.—El consejero de Estado Schertzenlechner.—El secretario particular, que había de ser más tarde el favorito, Mr. Eloin.—El subsecretario de Estado Sr. Iglesias.—Tres ayudas de campo austriacos y tres mexicanos.—Ocho damas de servicio.—Seis ayudas de cámara.—Un médico.—Un capellán.—El confesor de la Emperatriz y á la vez su maestro de español.—Finalmente Mr. de Kechachevich, tesorero de la corona, que llevaba consigo ya, para acudir á los primeros gastos, unos ocho millones de francos, algo nominales, resto del á esas horas agotado empréstito negociado en Londres.

Hidalgo, Gutierrez Estrada, Arrangoiz, etc., se habían quedado en Europa representando unos la diplomacia mexicana, otros la política y otros el crédito imperial.

Después que todo eso ha pasado, produce risa, ¿cómo fué que ante tantas ridiculeces juntas pudieron permanecer serias entonces aquel gran número de personas formales?

Pues lo más curioso fué que durante la travesía de Gibraltar á la Martinica y luego á Veracruz, vinieron todos los de la exótica reunión, arreglando no solo los ceremoniales y otras extravagancias de la Corte, sino los futuros destinos de México en una infinidad de detalles, y así fué como se prepararon decretos, proclamas, órdenes, divisiones territoriales, empleos y hasta los bordados de los trajes. Para los empleos se designaron todas las personas que debían desempeñarlos.

En la Martinica había muchos prisioneros mexicanos, que habían mandado allí los franceses, á los cuales quiso saludar el Emperador, y como algunos manifestaron deseos de hacerse imperialistas, fueron admitidos en la *Thémis* Manuel Romo, Márcos Velasco, Regino Ortega y Vicente Vivanco, y como no cabían más, otros ocho adictos deberían ser conducidos á México más tarde por cuenta de Maximiliano luego que hubiera transportes.

El 27 de Mayo, después de cinco meses de humillaciones, de disgustos, de luchas, de peregrinaciones ineficaces, de ruegos, de debates, de meditaciones, de dudas, de zozobras, de intimidaciones, de trabajos, de sobresaltos, de insomnios, de movimiento casi incesante, de formular y ver formulados proyectos infinitos sobre la nueva monarquía que estaba encargado de constituir, llegó á las aguas de Veracruz Maximiliano de Hapsburgo, entrando á la rada guiado por el capitán de puerto D. Juan Lainé que sirvió de práctico al *Novara*. El castillo de San Juan de Ulúa saludó al bien venido con una salva de 101 cañonazos y el pobre archiduque comenzó á dejarse ver

desde esa tarde, de su lugar teniente, el nauseabundo Almonte y sus demás súbditos.

Las fiestas populares de Veracruz costaron las cantidades de 23,334 pesos por el presupuesto de Mateo Zaperi para los adornos, y de 54,954 para cubrir el presupuesto que formaron L. Ferrer, S. Corrau, V. Cruzado, F. P. César, Miguel L. Valenzuela, J. Marcial Villamil, Manuel José Porras y J. N. César.

